

¿COMO FOMENTAR EL ESPIRITU FILOSOFICO EN LAS UNIVERSIDADES CENTROAMERICANAS?

Tema especial del Primer Coloquio Centroamericano de Profesores de Filosofía, Antigua Guatemala, 1, 2 y 3 de octubre de 1964.

Comentarios del doctor Reynaldo Galindo Pohl, de la Universidad de El Salvador.

I.—La cuestión propuesta está íntimamente ligada a las circunstancias peculiares del ambiente universitario centroamericano y a las urgencias y propósitos de la sociedad centroamericana. Con frecuencia, y propiciado por el carácter universalista de la filosofía, al señalar los objetivos que puede cumplir la filosofía en la educación superior, se hace un ambicioso planteamiento, que si bien es legítimo en un plano abstracto, choca con circunstancias frecuentemente limitativas, con las disponibilidades de tiempo en una época de formación profesional acelerada y aún con los intereses mismos de los alumnos y de los investigadores. Si bien la filosofía se presta para tratar lo divino y lo humano, en la tarea formativa superior es necesario deslindar niveles de conocimiento y formación, cargar acentos y hacer algunas renunciaciones —dolorosas renunciaciones por cierto—. La filosofía dará sus mejores frutos en la formación superior, impregnará un ambiente y constituirá el telón de fondo de todo saber y de todo hacer, en la medida que vaya unida a lo actual, a la problemática de nuestro tiempo. Dicho sea esto sin el menor asomo de antihistoricismo ni de pragmatismo, porque lo actual está inmerso en la dimensión histórica y conlleva una doctrina de fondo, que puede incluir las ultимidades.

El espíritu filosófico puede cultivarse en las universidades centroamericanas —y se entiende en las universidades y no solamente en las Facultades de Humanidades, donde por vocación y objetivo primordial, se vive la filosofía—, si la filosofía puede ofrecer algo realmente sustantivo a los especialistas de toda clase, a los investigadores y a los futuros profesionales. Si la filosofía se limita a reeditar lo que a su hora tuvo su ser y su razón, poco interés despertará en el conglomerado académico. El fomento del espíritu filosófico se vincula al contenido y a la metodología de la enseñanza filosófica, o para hablar con más propiedad, de la actividad filosófica, porque ésta tiene que exceder considerablemente la enseñanza. Desde luego, la formación de los especialistas de la filosofía merece otras consideraciones y no es el tema propuesto.

Los científicos tienen interés en explorar los viejos caminos de las ciencias que cultivan, con sus relaciones y antecedentes históricos, para obtener una plenitud de sentido y una previsibilidad de tendencias. En general tienen o pueden tener fácilmente interés por conocer el proceso de los problemas fundamentales de la reflexión —ésoos que no abandonan a ningún hombre—, por articular la maravillosa creación científica que es superior a la más fantástica novela, que ha ido elevando al ser humano de la caverna a la academia, de la bestia a la humanidad, de los hechos a los valores. Pero les interesa, no en los detalles caros al especialista, sino en las líneas fundamentales, en los temas básicos —cinco o seis o diez, en la continuidad esencial donde engarza la problemática especial.

Ya será bastante —sobre todo en este momento en que muchos jóvenes creen inventar el mundo a los veinte años— cobrar una perspectiva real de herencia cultural

acumulada, dentro de la apretada síntesis y la sutil continuidad de los hechos fundamentales del pensamiento. Una tal visión de temas fundamentales puede interesar, y más que interesar ofrecer una base muy consistente a los que cultivan las ciencias, aún en el plano profesional. La historia de la filosofía, enseñada con sentido de esencialidad, y desde luego de continuidad, centrada en ciertos temas básicos que puedan servir de guía al desarrollo general, puede y debe ser un elemento de la actualización de la filosofía que se ofrezca a un público que no es ni será especialista.

La filosofía graduada con intención docente y matizada para cubrir los intereses de un auditorio no especializado puede y debe tener un gran papel en las universidades. Los científicos y los técnicos descubrirán la filosofía, hallarán en su vieja y nueva problemática una fuente de inspiración y sentirán la necesidad de ir a ella cada vez con más preparados, para articular, profundizar y sintetizar su saber y luego para responder a las interrogantes últimas que agobian a todos los hombres por igual y que son objeto de diversas respuestas, una de ellas la respuesta filosófica. Si la filosofía es inteligentemente actual, si se conecta con la problemática científica y en general humana, y si sabe iluminar ésta para resolver todas sus significaciones, si forma un espíritu a la vez crítico y riguroso, pues tendrá buena audiencia y hará su camino, hasta incorporarse de tal modo a la actividad universitaria que se verá como algo propio, como algo cuya utilidad no sólo no se cuestiona sino que se quiere y respeta.

II.—Las universidades centroamericanas, sin mengua de las humanidades — que han venido muy maltratadas en aras de un positivismo que trocó el laboratorio por el verbalismo— se enfrentan a la necesidad impostergable de incorporarse al movimiento científico mundial. La filosofía puede ahí jugar su parte para que no se trate de un científicismo que a estas horas, con las recientes revisiones de la ciencia sonaría a audacia y a cosa pasada para ofrecer desde los inicios en apretada armonía lo que en países de mayor tradición científica no está planteando como reencuentro, como recuperación de la perdida unidad del saber y hasta como plañidera recitación de viejas culpas. Las universidades centroamericanas, para responder al momento, para responder a la necesidad vital de los pueblos que las sostienen y alientan, tienen que ser hogar de las ciencias —por igual naturales y humanas. Ningún programa de desarrollo, ningún plan de inversiones, ningún sueño sobre prosperidad económica y justicia social pueden desentenderse a estas horas de la ciencia.

Fuera de lo que no dice en los manuales de filosofía y lo que sostienen los filósofos cuando escriben o se despachan entre sí, aunque cabe cuestionar la autoridad y la audiencia real de sus dichos en un mundo intelectual de muchísimos perfiles y en crecimiento general, las relaciones entre científicos y filósofos —que no entre ciencia y filosofía— no son todo lo claras y constructivas como sería de desear. Hay científicos que todo lo reducen al laboratorio y el velo que se ponen a sí mismos quieren ponérselo al hombre. Hay quienes sin preparación entran a los temas universales, a las ultimidades. Y así el ambiente intelectual se llena de medias verdades, propaladas por la generalización precipitada y sin crítica de grandes científicos que desbordando el campo de su especialidad tratan lo divino y lo humano usufructuando el prestigio ganado en la problemática de parcialidades. Nuestro tiempo vive todavía de muchas generalizaciones apresuradas, en la que la verdad de la parte se hace la verdad total —haciendo sonreír al viejo Bacon, que ya lo advertía. El científicismo del siglo XIX y principios del XX es de ese tipo— el último caso el de Freud. Tarea de la filosofía es reducir esos grandes aciertos en las parcialidades a sus justos límites.

La filosofía tiene mucho que ayudar a la ciencia y mucho que alertar a los científicos, fuera de que debe de librar su batalla por la conservación del dominio de las ultimidades. Además, la filosofía no puede ignorar la enorme tarea que viene desarrollándose en los diversos campos del saber ni ignorar el impacto que en la concepción general del hombre y del mundo vienen ejerciendo las grandes generalizaciones científicas. Baste recordar el darwinismo, el freudismo, el economicismo. Inclusive el existencialismo está condicionado o influido por los resultados de la ciencia. Y a estas

horas la cosmología científica y la astrofísica vienen a poner bajo nueva luz los viejos temas, aquéllos que atormentaban en los días heroicos de la Academia y el Liceo, que volvieron a alumbrar los claustros primeros de la Sorbona, salpicaron el Renacimiento y asaltan hoy los laboratorios. Pero así como se habla de que en el poder político no se produce el vacío, en los temas últimos tampoco se produce, y de algún modo se llena la necesidad de responderlos, y para el caso el científico da su respuesta, se entusiasma y lo tenemos convertido en filósofo. La filosofía tiene que mantenerse al tanto de los desarrollos científicos en sus líneas fundamentales y más generales y analizar los resultados de la ciencia, fuera de contribuir al análisis del contenido, la validez, las posibilidades, el tipo de saber que la ciencia puede ofrecer y de la problemática conexas. Una filosofía que ignore a estas horas el gran *factum* de la ciencia es un verdadero anacronismo. La vida contemporánea, en gran parte modelada por la ciencia y prendida del destino de la ciencia tiene que ser comprendida, sin embargo, no por la ciencia, sino por la filosofía.

En las universidades la filosofía tiene gran papel al lado de las ciencias y los filósofos al lado de los científicos. El coloquio y la colaboración sistemáticas entre esas dos alas de un mismo saber y una misma inquietud dará una filosofía centrada en hondas realidades y una ciencia cuyos vuelos satisfarán con el mejor sentido crítico las aspiraciones muy humanas de conocimiento radical. La filosofía de la ciencia debería tener más importancia de la que actualmente se le está dando, y desde la iniciación de los jóvenes en las ciencias básicas deberían recibir la siembra de ese demoníaco sentido inquisidor, que también se hermana con el espíritu científico. Ningún científico tiene derecho a ignorar las grandes cuestiones filosóficas implícitas en sus métodos y en sus principales doctrinas; porque la filosofía cuestiona aquello que él tiene por dado. La didáctica permite adecuar la complejidad de esa temática a los niveles de conocimiento de alumnos, profesionales e investigadores.

Que algo se necesita hacer en este campo se está demostrando a diario. En la Universidad de El Salvador la iniciativa del Departamento de Salud Pública de la Escuela de Medicina para organizar un seminario que reunió a todos los profesores de la escuela, en diálogo con profesores de humanidades —San Salvador, 21 a 26 de setiembre de 1964,— revela que los especialistas están sintiendo la necesidad de ver sus conocimientos una nueva luz. Es necesario dar forma orgánica y continuidad a ese esfuerzo, y al respecto nada mejor que los Departamentos de Filosofía.

La vinculación de la filosofía a la ciencia puede dar buena audiencia a la filosofía. Los equipos universitarios de investigación deberían siempre oír o contar entre ellos a algunos cultivadores de la filosofía. La coyuntura es insuperable, porque las universidades centroamericanas recién comienzan a plantear en serio la ciencia. El diálogo y la colaboración entre humanistas y científicos puede ser de lo más fecundo. Desde luego, así como los científicos tienen necesidad de buena dosis de filosofía, los filósofos tienen que informarse de las grandes generalizaciones de la ciencia, y en la enseñanza profesional de la filosofía la ciencia tiene que tener una posición señera, como *factum* principal de la vida contemporánea.

III.—Nuestra época se aboca a inquietudes crecientes, derivadas de la transformación a veces poco sensible pero no menos profunda de la sociedad y el modo de vida contemporáneos. En el curso de una generación hemos visto el mundo empequeñecido por los transportes y agitado por la transculturación. Ese cambio no depende de nadie en particular, ni está en poder de nadie el evitarlo. Es una realidad fluente respecto a la cual lo más que puede aspirarse es a imprimirle algún rumbo, algún empalme con los valores de la cultura occidental y los logros más genuinos y depurados de muchos siglos de humanización y cristianización. Los hombres están enfrentando serios problemas derivados de la tecnología, del saber acrecentado, del desarrollo acelerado, del internacionalismo, de la crisis de doctrinas tradicionales, de los desajustes entre normas y conducta. Por eso están elaborando y reelaborando tesis y doctrinas,

escogiendo y proponiendo, buscando sin gran continuidad como en toda época crítica, como no hace mucho lo fue el Renacimiento. Estamos en una época similar a aquélla en cuanto a la búsqueda de caminos, porque la modernidad parece haber doblado la esquina y agotado sus posibilidades inéditas. La revolución científica es todavía mayor en el siglo XX de lo que fueron la revolución copernicana, el idealismo filosófico y el individualismo político.

La filosofía como algo actual y actuante tiene gran papel en esta hora de grandes decisiones, cuando los hombres de hoy juegan no sólo su vida, sino la vida del milenio próximo y tal vez la supervivencia de la especie. Calladamente el tercer milenario se nos viene encima. Nosotros ya decidimos; para bien o para mal ya decidimos. Los jóvenes no han decidido y nuestra región será en definitiva lo que ellos quieren que sea, porque nosotros ya vamos para afuera. La filosofía puede en verdad iluminar bajo nuevo sentido las grandes polémicas de nuestro tiempo. La filosofía puede ayudar a la búsqueda de canales de expresión y oportunidades para la gran problemática contemporánea.

Desde el punto de vista académico se puede aspirar que esas decisiones se tomen con pleno conocimiento de antecedentes, con profundidad histórica y frente a una gama de posibilidades y una valorización de consecuencias, con espíritu crítico suficientemente desarrollado como para evitar la regimentación intelectual y por consiguiente a la larga la anemia de la creación cultural —porque si una lección es repetida por la historia es la de que donde el pensamiento no ha sido libre se extingue la creación y languidece la inventiva. La libre investigación y la libertad académica van unidas a la pujanza de una cultura, al desarrollo de un ambiente científico y filosófico serio y denso. Un ambiente para las ciencias y la filosofía en las universidades centroamericanas tiene que ser, como hasta ahora lo ha sido, un ambiente de libertad académica, de libre investigación, de respetuoso y ponderado debate de ideas, de apego a la verdad y al saber con un amor que eclipse a los intereses y las pasiones. Esto es necesario en todas las ciencias, inclusive las exactas, pero se dramatiza con las ciencias sociales.

Los científicos son hombres abiertos y permeables a los problemas de su tiempo. La ciencia no puede cerrarse en el laboratorio.

La filosofía tiene mucho que decir, mucho que hacer si con el libre y crítico espíritu que la caracteriza sabe incorporar los problemas que agitan a los hombres de hoy, a la dimensión universal, al sentido último de la vida y de la historia. La filosofía tiene poca oportunidad de interesar e inquietar a los universitarios si se queda en ciertos temas tradicionales, aunque estos sean de justificado interés para los especialistas. Pero si a su luz se analizan las grandes tesis de nuestro tiempo —de filosofía política, jurídica, económica y social— puede encender verdadero entusiasmo y ofrecer un asidero que constituya cierto denominador común y al mismo tiempo establezca consecuencia y continuidad entre las grandes decisiones. Si creemos de veras en la capacidad orientadora de la filosofía, si creemos en las aptitudes críticas y en el rigor metódico que pueda suscitar, si creemos que constituye la quintaesencia del humanismo social contemporáneo, si creemos que las actitudes prácticas implican una posición doctrinaria, la filosofía encierra un mensaje para la idea del hombre, la conciencia de los valores y el ideal de cultura y los modos de evolución humana.

IV.—La filosofía puede colaborar en ciertas tareas de exploración, conocimiento y análisis de la realidad centroamericana, sin perjuicios de la temática universalista. Hay una temática específica —pedagógica, económica, política, jurídica, demográfica, histórica, etc.—, de dimensiones concretas a las que están enfrentados los científicos centroamericanos. Una auscultación de antecedentes y de posibilidades ayudará al gran salto que lleva de un puesto en la humanidad sumergida que dice Gunnar Nyrdal, a las avanzadas de la civilización, del desarrollo sostenido y creciente y la tecnología masiva. Ese salto es en alguna medida la industria, la tecnología agrícola, la subestructura

energética y de transportes; pero en buena parte es la ciencia y las humanidades, los científicos, los técnicos y los humanistas. Dicho sea para hacer rabiar a los banqueros si no lo toman a broma o a locura: no hay gran desarrollo sin poetas ni artistas. El gran salto no es cosa solamente de inversiones y de dólares; es cosa de personal de muchas calificaciones, de formación humana, de calidades humanas. Y no hay gran sociedad si faltan esos seres maravillosos que son los artistas. Contra los dogmas laicos se está necesitando un nuevo elogio de la locura.

La filosofía puede ayudar a dar nueva luz, a dar un telón de fondo digamos, para los que están empeñados en explorar y en construir la vida centroamericana, o sea tanto a los que estudian su realidad como a los que quieren dirigir esa realidad frente a objetivos concientemente elegidos.

Las universidades centroamericanas, para vivir su signo universal, ya que lo universal se condensa y vive en lo concreto, tienen tareas específicas en lo que concierne a la tierra, a la historia y al hombre centroamericano.

V.—Podrá vigorizarse la dinámica del ambiente filosófico estableciendo lazos constantes, intercambiando información y experiencias e inclusive emprendiendo investigaciones conjuntas en las universidades centroamericanas. Los cuadros de la filosofía, que tienen que ser cada día de la más alta calidad, pueden vigorizarse en el intercambio, el diálogo y la tarea común. Como no se trata de reeditar la época romántica e intuitiva de improvisaciones y repentismos, una programación deviene indispensable. Audiencia y apoyo conseguirá en cuanto se demuestre que no se trata de elucubraciones trasnochadas, sino de temáticas reales y actuantes. La asociación de trabajo de los Departamentos de Filosofía excede los programas básicos comunes y las reuniones más o menos frecuentes de profesores. Al Consejo Superior Universitario Centroamericano corresponde la promoción.

Puede determinarse y distribuirse las áreas de investigación, utilizar mancomunadamente los medios de información, unificar las técnicas de enseñanza, establecer programas mínimos, organizar el intercambio de profesores, introducir los cursos de filosofía avanzada en los cursos de doctorado, ofrecer cursillos de filosofía distribuidos verticalmente en el plan de estudios, adoptar métodos activos y aprovechar la investigación con sentido docente, sistematizar los coloquios científico-filosóficos y crear los centros apropiados para la investigación de gran altura. En el interior de las Universidades estas tareas científico-filosóficas constituirán un ingrediente para organizar la cooperación de las Facultades y hacer realmente vida universitaria, abandonando las trincheras y la dispersión de las Facultades. Por otra parte no puede olvidarse el prestigio que para la filosofía pueden ganar las Facultades de Humanidades y el papel señero de éstas en el campo filosófico. Facultades de Humanidades dinámicas, bien organizadas son una condición de todo programa para estimular un ambiente filosófico más amplio, y su papel es indeclinable en esta materia.

Además de los Departamentos de Filosofía al servicio de toda la Universidad y encargados de planear y desenvolver la actividad filosófica docente e investigativa, valdría pensar en un Instituto Centroamericano de Filosofía y Ciencia, que pudiese ser el director de grandes investigaciones realizables en común por las Universidades Centroamericanas, el inspirador de los Departamentos de Filosofía, el productor de publicaciones, el patrón munificentísimo de los investigadores, el que canalice la ayuda externa, el que realice los cursos avanzados de filosofía y estudie los modos orgánicos de relación y ayuda entre ciencia y filosofía y el entendimiento de filósofos y científicos, artistas y humanistas.

Se necesita crear órganos idóneos y proveerlos de las personalidades más calificadas, formular programas de trabajo atractivos y actuales y establecer de modo sistemático la cooperación entre las Universidades centroamericanas. El espíritu filosófico se fomentará más fácilmente en cada una de las universidades si se fomenta en todas ellas. La ciencia y la filosofía no prosperan en el aislamiento; se nutren de la comunicación. Los programas de trabajo, en cuanto responden a criterios cuidadosa-

mente definidos y se ejecutan con la mayor dedicación, tienen papel relevante. Un ambiente se forma por medio de obras de un hacer constante, de acciones concretadas que eliminan los órganos vacíos y burocratizados y las buenas voluntades dispersas. La conjugación de medios humanos y materiales evidentemente reducidos puede tener un efecto catalizador de inquietudes y capacidades creadoras. Los efectos multiplicarían, que no sumarían, los elementos en presencia.

En esta época de regionalismos e internacionalismos el hombre centroamericano puede ir adelante en dimensión centroamericana. De otro modo le espera la vida vegetativa. Tenemos por delante la unidad en la diversidad, la unidad más creadora porque responde a las más recónditas condiciones de la vida humana.